

U.
840
A.

PQ 2284
.56
L3
V.3
1886



ACERVO DE LITERATURA
116818

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

Imprenta de Juan Guix, calle de Miñana, núms. 7 y 9.



3
mudeando con
pariciaba con
del niño de
muñeco?
la can-
la ma-
ar ya;
os ran-

EL NOVENTA Y TRES

nqui-
ecian
nira-
e y
ar-
ne:
le

PRIMERA PARTE

EN EL MAR

A. Santa Feunquiu

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LIBRO PRIMERO

El bosque de la Sandraie.

veintitres y el tercero á cincuenta y siete. Tiempo fué aquel de luchas épicas. Los batallones enviados desde Paris á la Vendée constaban de novecientos doce hombres; cada batallon llevaba tres piezas de artillería y fueron rápidamente organizados. Siendo Gohier ministro de Justicia y de la Guerra.

y las dos brasas de sus ojos.
—El batallon de la antigua Cruz Roja, añadió la canti-
ci.
N los últimos dias de Mayo de 1793, uno de los batallones parisienses que envió Santerre á la Bretaña registraba el temible bosque de la Sandraie, en Astillé. Constaba el batallon solo de trescientas plazas, porque habia sido diezmado en aquella ruda guerra. Era la época en que despues de las batallas de Argonne, de Jemmapes y de Valmy, el primer batallon de Paris, que constaba de seiscientos voluntarios, quedó reducido á veintisiete hombres, el segundo á



ados y el de cabos y sar- la ventura, inquietos y tem-
contrar lo que buscaban.

Abril la Municipalidad de
a consigna á los voluntarios
No hay perdon ni cuartel; á
Mayo, de los doce mil hom-
alieron de Paris habian muerto

tallon que se internó en el bos-
la Sandraie marchaba con gran
acion, lentamente, mirando á dere-
izquierda, adelante y atrás. Kle-
ijo: *El soldado debe tener un ojo en*
palda. Largo tiempo caminaba: ¿qué
seria? Era difícil saberlo, porque
siempre una especie de crepúsculo
las silvestres espesuras y el día nun-
es claro en semejantes bosques. El de
Sandraie era trágico; en él, en 1792
comenzaron los crímenes de la guerra
civil; Mosqueton, el cojo feroz, salió de
aquellas espesuras funestas, y el número
de asesinatos cometidos en ellas hace
erizar los cabellos. Era aquel bosque es-
pantoso y los soldados se internaban en
él con gran cautela. Todo cubierto de
flores, ofrecia alrededor del que le atra-
vesaba temblorosa muralla de ramas, por
las que penetraba la deliciosa frescu-
ra de las hojas; los rayos del sol agujer-
reaban aquí y allá aquellas tinieblas
verdes, y en tierra la correhuela, el junco
de los pantanos, el narciso de los prados
y la margarita, que anuncian la prima-
vera, bordaban y festoneaban profunda
alfombra de vegetacion, en la que hor-
migaban todas las formas del musgo,
desde la que se asemeja á la oruga
hasta la que se parece á una estrella.
Los soldados avanzaban paso á paso y
en silencio, apartando suavemente la
maleza; los pájaros gorjeaban encima
de las bayonetas.

La Sandraie era uno de esos matorra-
les en los que, en tiempos antiguos y
tranquilos, se cazaban pájaros durante
noche; entonces solo se ca-
móm-

La es-
se componia de abedules,
hayas y encinas; el suelo era llano; el
musgo y la yerba espesa amortiguaban
el ruido de los pasos; no habia ningun
sendero, ó por mejor decir, los senderos
se borraban en seguida; los robles, los
citrinos, la maleza y las zarzas impedi-
an ver á un hombre á diez pasos de
distancia. De vez en cuando pasaba por
entre el ramaje una ardilla ó una galli-
neta de agua, indicando la proximidad de
un pantano. Los soldados caminaban á

la ventura, inquietos y tem-
contrar lo que buscaban.

A veces encontraban señales de ca-
pamentos, sitios quemados, yerbas pisa-
das, palos en cruz, ramas ensangren-
das; en un sitio se conocia que habian
hecho rancho, en otro que dijeron misa
y en otro que habian curado á los heri-
dos, pero los que pasaron por allí habian
desaparecido. Dónde estarían? Quizás
lejos ó quizás cerca, y ocultos con el
trabuco en la mano. El bosque parecia
estar desierto, pero el batallon redobla-
ba la prudencia, porque la soledad le
inspiraba desconfianza; no ver á nadie,
teniendo el bosque mala fama, era una
razon para creer que hubiese en él algu-
na emboscada.

Mandados por un sargento, treinta
granaderos exploradores iban delante, á
gran distancia del grueso de la fuerza;
la cantinera del batallon los acompaña-
ba. Las cantineras se agregan con gusto
á las vanguardias, porque en ellas se
corre peligro, pero se vá á ver algo, y la
curiosidad es una de las formas de la
bravura femenina. De repente los solda-
dos del destacamento de vanguardia ex-
perimentaron la emocion que en los
cazadores indica la proximidad de la
caza. Oyeron como una respiracion en
el centro de la espesura y les pareció
ver que se movian las hojas. Los solda-
dos se miraron intencionadamente unos
á otros.

En el espionaje confiado á los explo-
radores, los oficiales no tienen necesidad
de intervenir; lo que debe hacerse se
hace por sí mismo.

En seguida cercaron el punto que vie-
ron que se movia y le rodeó un círculo
de fusiles apuntados; de todas partes y
á la vez se inclinaron las bocas de fuego
hacia el centro oscuro de la maleza, y los
soldados, con el dedo sobre el gatillo y
con la vista fija en el sitio sospechoso,
solo esperaban para ametrallarlo la voz
de mando del sargento.

Entre tanto la cantinera se habia atre-
vido á mirar al través de la maleza, y
en el instante en que el sargento iba á
dar la voz de: Fuego! gritó: Alto! Vol-
viéndose despues hacia los soldados, les
dijo:

—No disporeis, compañeros; y se in-
ternó en la espesura seguida de los ex-
ploradores.

En efecto en aquel punto habia ál-
guien: en lo más intrincado de los ma-
torrales, en una de las pequeñas espla-
nadas que forman en los bosques los

hornos de carbon quemando las raices
de los árboles y en un agujero de ramas,
especie de cueva de follaje, estaba senta-
da sobre el musgo una mujer, que daba
el pecho á un niño y sosteniendo con las
rodillas dos cabezas rubias de otros dos
niños dormidos. Esta emboscada encon-
traron.

—Qué haceis aquí? la preguntó la can-
tinera.

La mujer levantó la cabeza y la can-
tinera añadió furiosa:

—Estais loca para permanecer aquí!...
Pues os fusilamos si no os vemos tan
pronto.

Despues se dirigió á los soldados y les
dijo:

—Es una mujer.

—Pardiez! ya lo vemos, contestó un
granadero.

—Vaya una idea bestial! ¡venir á este
bosque para exponerse á que os asesin-
en!...

La mujer, estupefacta y petrificada,
miraba á su alrededor, como al través de
un sueño, los fusiles, los sables, las bayo-
netas y aquellas caras feroces.

Los dos niños se despertaron llorando
y gritando.

—Yo tengo hambre, dijo uno.

—Yo tengo miedo, dijo el otro.

El más pequeño continuaba mamando;
la cantinera le dirigió la palabra, di-
ciéndole:

—Tú tienes razón.

La madre estaba muda de espanto:
el sargento tomó la palabra, dirigiéndose
se á ella.

—No tengas miedo; somos del bata-
llon del Gorro-Rojo.

La mujer tembló de piés á cabeza.
Miró al sargento de rostro rudo: solo se le
veian las cejas, las pestañas, los bigotes
y las dos brasas de sus ojos.

—El batallon de la antigua Cruz Roja,
añadió la cantinera.

El sargento preguntó á la descono-
cida:

—Quién eres?

La mujer le contemplaba aterrada.
Era delgada, joven, pálida y andrajosa-
mente vestida; llevaba el grosero capu-
chon de las campesinas bretonas y la
manta de lana, sujeta al cuello con un
bramante. Dejaba ver el seno desnudo
con la indiferencia de la nodriza; iba sin
medias ni zapatos y sus piés chorreaban
sangre.

—Es una pobre, dijo el sargento.

La cantinera la interrogó:

—Cómo te llamas?

La mujer contestó tartamudeando con
voz casi incomprensible:

—Micaela Flechard.

La cantinera, mientras acariciaba con
sus toscas manos la cabecita del niño de
pechos,

—Cuánto tiempo tiene este muñeco?
preguntó.

Como la mujer no contestaba, la can-
tinera volvió á preguntar:

—Qué edad tiene?

—Diez y ocho meses, respondió la ma-
dre.

—Ya es viejo y no debe mamar ya;
será preciso destetarlo; le daremos ran-
cho.

La desconocida empezaba á tranqui-
lizarse, y los niños, despiertos, parecían
más curiosos que asustados, y admira-
ban los plumeros de la tropa.

—Estos pobrecillos tienen hambre y
yo ya no tengo leche.

—Les daremos de comer, dijo el sar-
gento, y á tí tambien... Pero antes dime:
qué ideas políticas profesas?

La mujer miró al sargento y no le
comprendió.

—Entiendes lo que te pregunto?

—Me encerraron en un convento sien-
do muy joven, pero no soy religiosa, soy
casada. Las madres me enseñaron á ha-
blar francés. Mi aldea fué incendiada, y
nos salimos de ella tan á escape, que no
tuve tiempo ni para ponerme los zap-
atos.

—Te pregunto qué opiniones políticas
tienes.

—No entiendo lo que decís.

—Es que puedes ser espía, y á los es-
pías se les fusila. Vamos, habla; no pa-
reces gitana: cuál es tu patria?

—No lo sé.

—Cómo! no sabes de qué pais eres?

—Ah!... eso sí.

—Pues dílo.

—Soy de la alquería de Siscoignard,
en la parroquia de Azé.

El sargento se quedó estupefacto á su
vez; despues de quedar un momento
pensativo, exclamó:

—De dónde has dicho?

—De Siscoignard.

—Eso es una patria.

—Eso es mi pais.

La mujer, despues de reflexionar un
instante, añadió:

—Comprendo: vos sois de Francia y
yo soy de Bretaña.

—Y qué?

—Que no somos del mismo pais.

—Pero es la misma patria gritó el sargento.

—Soy de Siscoignard.

—Bien, repuso el sargento. ¿Es de allí tu familia?

—Sí.

—En qué se ocupa?

—Ha muerto; no tengo ya á nadie en el mundo.

El sargento, que era pregunton, continuó el interrogatorio:

—Qué diablo! parientes siempre se tienen ó se han tenido. Dime quién eres.

La mujer escuchó aturdida el se *tienen ó se han tenido*, que más parecía grito de fiera que palabras humanas.

La cantinera comprendió que debía intervenir. Volvió á acariciar al niño de pechos y dió golpecitos en las mejillas de los otros pequeños.

—¿Cómo se llama la niña que está tando? porque veo que es niña.

Georgina, respondió la madre.

—Y el mayor? porque es varon el tu nantuelo.

—Renato Juan.

—Y el menor, que es tan mofletudo?

—Alan, contestó la pobre.

El sargento volvió á insistir:

—Habla pues. Tendrás casa?

—Una tenia.

—Dónde?

—En Azé.

—Por qué no estás en tu casa?

—Porque me la han incendiado.

—Quién?

—No lo sé. Hubo una batalla.

—De dónde vienes?

—De allí.

—Y á dónde vas?

—No lo sé.

—Pero no sabes lo que eres?

—Somos fugitivos.

—A que partido perteneces?

—No lo sé.

—Eres de los azules ó de los blancos? con quiénes estás?

—Estoy con mis hijos.

Hubo una pausa; la cantinera repuso despues:

—Yo no he tenido hijos ni tiempo para eso.

El sargento prosiguió:

—Pero y tus padres? Ponme al corriente de lo que son tus padres. Yo me llamo Radoub, soy sargento, nacido en la calle de Cherche-Midi, y de allí eran tambien mi padre y mi madre; hablemos ahora de los tuyos. Dime lo que eran.

—Eran los Flechard y nada más.

—Sí, los Flechard son los Flechard, como los Radoub son los Radoub; pero cada cual tiene su profesion ú oficio. Cuál era el de tus padres? Qué hacian? Qué hacen?

—Eran labradores. Mi padre estaba enfermo y no podia trabajar por causa de los palos que el señor, nuestro amo, le mandó dar, usando con él de esta bondad, porque mi padre habia cogido un conejo, y por esto le condenaron á muerte; pero el señor le perdonó la vida y dijo:—«Dadle nada más que cien palos», y mi padre quedó estropeado.

—Y qué más?

—Mi abuelo era hugonote y el señor cura le hizo enviar á galeras. Yo era muy pequeña.

—Qué más?

—El padre de mi marido se dedicaba al contrabando de la sal y el rey le mandó ahorcar.

—Y tu marido?

—Se batia hace poco.

—Por quién?

—Por el rey.

—Y que más?

—Se batia por su señor.

—Y que más?

—Y se batia por el señor cura.

—¡Voto al diablo, cuántas barbaridades! gritó un granadero.

La cantinera se asustó y se sobresaltó.

Ya ves, somos de Paris, repuso sonriendo la cantinera.

La mujer juntó las manos, exclamando:

—Oh, Dios mio! Dios mio!...

—No tengas supersticiones, gritó el sargento.

La cantinera se sentó al lado de Micaela y puso en sus rodillas al mayor de los niños, que se dejó colocar allí. Los niños se tranquilizan y se asustan sin saber por qué.

—Buena mujer, son graciosos estos niños y adivino la edad que tienen: el mayor cuatro años, su hermanito tres y la niña ya me lo dijiste. No temas, buena mujer; deberias entrar en el batallon, como yo entré. Me llamo la Húsar, este es el mote que me han puesto. Soy la cantinera, esto es, la que dá de beber á los hombres cuando se ametrallan y se asesinan. Tenemos el mismo tamaño de piés, y te daré zapatos míos. Estaba en Paris el 10 de Agosto y dí de beber á Westermann, y todo iba bien. Ví guillotinar á Luis XVI, quiero decir, á Luis Capeto y ¡diablo! se resistia á ello. ¡El 13



EL SARGENTO SACÓ UN PEDAZO DE PAN Y LE OFRECIÓ A LA MADRE.

de Enero aun hacia cocer castañas y reia con su familia! Cuando le echaron con fuerza sobre la báscula, como la llaman, no llevaba ya ni casaca ni zapatos, estaba en mangas de camisa, con chupa de piqué, calzones de paño gris y medias de seda grises. Yo lo ví. El coche que le llevó á la guillotina estaba pintado de verde.—Conque vente con nosotros y yo te enseñaré el oficio; serás la cantinera número 2. Es oficio sencillo; no hay más que tomar la cubeta y la campanilla y acudir donde hay ruido, donde se hace fuego en peloton, donde se disparan cañonazos, y gritar:—“¿Quién quiere beber un trago?” A esto se reduce todo. Doy de beber á todo el mundo, á los blancos y á los azules, aunque yo soy azul, pero los heridos tienen sed y se mueren sin distincion de opiniones; los que espiran debian antes estrecharse las manos. ¡Qué estúpido es batirse unos con otros! Ven con el batallon y si me matan serás mi heredera. Mi aspecto no es muy agradable, pero sí mi carácter, y soy valiente como un hombre.

Cuando concluyó de hablar la cantinera, la mujer murmuró:

—Nuestra vecina se llamaba María Juana y nuestra criada María Claudio.

Entre tanto el sargento Radoub reñia al granadero.

—Cállate, que asustas á esa mujer! No se jura delante de señoras!

—Es que, mi sargento, es que me subleva, replicó el granadero, ver que haya iroqueses de la China, como estos, que despues de que el señor inutilizó al suegro, despues que el cura condenó á galeras al abuelo y despues de que el rey ahorcó al padre, vayan despues á sublevarse, á batirse y á dejarse descuartizar por el señor, por el cura y por el rey.

El sargento le gritó:

—Silencio en las filas!

—Callo, mi sargento, pero dá lástima pensar que una linda jóven se exponga á que le rompan el cráneo por afecto al solideo.

—Granadero, le contestó el sargento, aquí no estamos en el Clup. Basta de elocuencia.

Volvióse hácia la mujer y la preguntó:

—Qué fué de tu marido?

—Ha muerto.

—Dónde?

—En el seto.

—Cuándo?

—Hace tres dias.

—Quién le ha matado?

—No lo sé.

—No lo sabes?

—No.

—Era azul ó blanco?

—Fué un tiro.

—Hace tres dias?

—Sí.

—¿Hácia qué parte le sucedió esa desgracia?

—Hácia Ernée; allí cayó muerto.

—Qué haces tú desde entonces?

—Cuidar á los niños.

—Adonde los llevas?

—Conmigo.

—Pero... dónde duermes?

—En el suelo.

—Y qué comes?

—Nada.

El sargento estiró los labios hasta tocar con los bigotes en las narices.

—Nada! exclamó.

—Endrinas, zarzamoras y hojitas tier-nas de helecho.

—Bien dices que nada.

El mayor de los niños, que sin duda comprendia lo que estaban hablando, exclamo:

—Tengo hambre!

El sargento sacó del morral un pedazo de pan de municion y se lo ofreció á la madre; ésta lo partió en dos porciones y se las dió á los niños, que las devoraron.

—Nada deja para ella, murmuró el sargento.

—No tendrá hambre, dijo un soldado.

—Tendrá hambre, pero es madre, replicó el sargento.

Los dos niños interrumpieron este diálogo.

—Agua, pidió uno.

—Agua, repitió el otro.

—¡No hay ningun arroyo en este endiablado bosque! exclamó el sargento.

La cantinera cogió el vaso de cobre que llevaba pendiente de la cintura, al lado de la campanilla; dió vuelta al grifo de la cubeta, que suspendia de la banderola; vertió algunas gotas en el vaso y lo aplicó á los labios de los niños; el primero de éstos bebió é hizo un gesto, y el segundo bebió y escupió.

—Pues, sin embargo, es bueno, objetó la cantinera.

—Es Peñascaró? pregunto el sargento.

—Y del mejor, pero los campesinos no lo conocen.

En seguida empujó el vaso.

—Segun comprendo vas huyendo?

—Es preciso; unas veces ando, otras corro y otras caigo.

—Pobre mujer! exclamó la cantinera.

—Por todas partes hay batallas y por todas partes oigo ruido de tiros, continuó diciendo Micaela; no comprendo por qué sucede esto; lo único que puedo comprender es que han muerto á mi marido.

El sargento dió un golpe en tierra con la culata del fusil, gritando.

—Qué barbarie de guerra!...

—La última noche nos hemos acostado en el hueco de un árbol.

—Los cuatro?

—Los cuatro.

—Pues os habreis acostado de pié.

Volviéndose hácia los soldados, les dijo su jefe:

—Camaradas, estos salvajes llaman acostarse á meterse dentro del tronco de un árbol grande y viejo. Cómo ha de ser! No todos pueden ser hijos de Paris.

—¡Acostarse en el hueco de un árbol y con tres niños! exclamó la cantinera.

—Cuando los niños lloraran, añadió el sargento, sería gracioso para los transeuntes oír á un árbol gritar: Papá! mamá!...

—Por fortuna estamos en verano, repuso suspirando la madre, bajando con resignacion al suelo los ojos, que aun conservaban el asombro que produjeron en ellos las catástrofes.

Los soldados, silenciosos, formaban círculo alrededor de aquel grupo de la miseria, compuesto de una viuda y de tres huérfanos, obligados á la fuga, al abandono y á la soledad, oyendo resonar la guerra por todo el horizonte, víctimas del hambre y de la sed, sin tener otra habitacion que la techumbre del cielo.

El sargento se acercó á la mujer y fijó la vista en la niña, que aun estaba tectando; ésta dejó el seno de la madre, volvió suavemente la cabeza, miró con sus hermosas pupilas azules el espantoso y velludo rostro que se inclinaba sobre ella y se sonrió.

Enderezóse el sargento y una lágrima rodó por su mejilla, deteniéndose como una perla en el extremo del bigote. Levantó la voz y dijo.

—De todo esto deduzco que el batallón vá á ser padre. Os parece bien? Adoptamos á estos tres niños?

—¡Viva la República! exclamaron los granaderos.

—Está dicho, añadió el sargento, y extendiendo las dos manos sobre las cabezas de la madre y de los niños, dijo:

—De hoy en adelante estos serán los hijos del batallón del Gorro-Rojo.

La cantinera dió un salto de alegría.

—Tres cabezas en un gorro! gritó. Despues, llorando de gozo, abrazó cariñosamente á la infeliz viuda y la dijo:

—¡Qué aire tan picarillo tiene ya la niña!...

—Viva la república! repitieron los soldados.

El sargento dijo á la madre:

—Ven, ciudadana.

LIBRO SEGUNDO

La corbeta «Claymore».

I.

Inglaterra y Francia barajadas.

En la primavera de 1793, mientras la Francia era atacada á un tiempo y en todas sus Fronteras, y se proporcionaba la patética distraccion de la caída de los girondinos, en el archipiélago de la Mancha sucedia lo que vamos á referir.

La tarde del primero de Junio, en Jersey, en la pequeña bahía de Bonnenuit, una hora antes de ponerse el sol, con tiempo brumoso, cómodo para huir, pero peligroso para navegar, se hacia á la vela una corbeta. Este buque, aunque su tripulacion era francesa, formaba parte de la flotilla inglesa, situada en estacion y como de centinela en la punta oriental de la isla. El príncipe de la Tour-d' Auvergne, de la casa de Bouillon, mandaba la escuadrilla inglesa, de la que se destacó esta corbeta por orden suya para prestar un servicio urgente y especial.

La corbeta, matriculada en la Trinity-Housse con el nombre de *The Claymore*, tenia la apariencia de una corbeta mercante, pero era de guerra. Tenia la marcha pacífica y pesada de un barco de transporte, pero no habia que fiarse de eso. Se construyó con dos objetos, con el de la astucia y con el de la fuerza; para engañar, si esto era posible, y para combatir cuando esto fuese necesario. Para el servicio que habia de prestar aquella noche reemplazaron el cargamento en el entrepuente treinta carronadas de grueso calibre. Estas treinta carronadas, ya por prever una tempe-

tad, ya con la idea de dar al buque aspecto pacífico, estaban á la amarra, esto es, fuertemente amarradas en lo interior por tres cadenas cada una, apoyando el tiro en las escotillas, que iban tapadas.

Esto no se veia por el exterior, porque las portas estaban cegadas y cerradas las escotillas; como si hubieran puesto una máscara á la corbeta. Los buques de esta clase, construidos con arreglo á ordenanza, no llevan cañones más que sobre el puente; pero esta corbeta, construida para sorpresas y para emboscadas, aunque estaba desarmada en el puente, ocultaba una bateria en el entrepuente. La *Claymore* era maciza y corpulenta, pero buena andadora; su casco era el más sólido de la marina inglesa, y en el combate valia casi tanto como una fragata, aunque solo tenia por palo de mesana un arbolillo con una sola cangreja. Su timon, de forma rara pero científica, tenia una membradura curva, casi única, que costó cincuenta libras esterlinas en los talleres de Southampton.

Toda la tripulacion era francesa, como acabamos de decir, y se componia de oficiales emigrados y de marineros desertores; hombres escogidos, no habia ni uno solo que no fuese ó buen marino, ó buen soldado ó buen realista, y estaban dotados del triple fanatismo del mar, de la espada y de la monarquía.

Iba agregado á la tripulacion medio batallón de infantería de marina, que en caso necesario podia efectuar un desembarque.

El capitán del buque era el conde de Boisberthelot, caballero de la orden de San Luis, uno de los mejores oficiales de la antigua marina real; el teniente era el caballero La Vienville, que habia mandado en el regimiento de Guardias franceses la compañía de la que Hoche fué sargento. El piloto, Felipe de Gacquel, era el patron más sagaz de Jersey.

Se adivinaba que esta corbeta se destinaba á ejecutar alguna empresa extraordinaria: en efecto, acababa de embarcarse en ella un hombre que parecia que iba á realizar una ventura. Era un anciano alto, tieso y robusto, de rostro severo, cuya edad era difícil de comprender, porque tenia aspecto de viejo y de jóven; era uno de esos hombres que conservan las fuerzas á pesar de los años, de cabellos canos, pero de miradas relampagueantes, que tienen cuarenta años si se les juzga por su vigor y ochen-

ta si se les juzga por su autoridad. En el momento de entrar en la corbeta se entreabrió su capa de mar y pudo verse que vestia anchos calzones, que se llamaban en lengua bretona *bragon-bras*; botas altas y jubon de piel de cabra, mostrando por encima el cuero bordado de seda y por debajo el pelo erizado y natural; este es el traje completo del aldeano breton. Estos coletos bretones antiguos tenian dos usos; para los dias de fiesta y para los dias de trabajo: se volvian del revés, ofreciendo á la vista, segun se queria, la cara velluda ó la cara bordada. El que usaba el anciano, para darle la deseada verosimilitud, estaba gastado por las rodillas y por los codos, aparentando haber prestado servicio mucho tiempo, y la capa de mar, de tela gruesa, parecia un capote viejo de pescador. Llevaba, además, dicho anciano en la cabeza el sombrero redondo de la época, de forma alta y de anchas alas, que bajándolas le daban apariencias de campesino, y levantándolas por un lado, por medio de una escarapela, podian darle aspecto militar; en estos momentos las llevaba caidas, sin presilla ni escarapela.

Lord Balcarras, gobernador de la isla, y el príncipe de la Tour-d' Auvergne, le condujeron personalmente y le instalaron á bordo. Gelambre, agente secreto de los príncipes y antiguo guardia de Corps del conde de Artois, vigiló el arreglo de su cámara con tanto cuidado y respeto, á pesar de ser gentil-hombre, que hasta le llevaba la maleta detrás de él. Al despedirse del anciano para ir á tierra le dirigió profundo saludo; lord Balcarras se despidió de él diciéndole: *Buena suerte, mi general*, y el príncipe de la Tour-d' Auvergne le dijo: *Hasta la vista, primo mio*.

Las gentes de la tripulacion le llamaban el *paisano* cuando dialogaban brevemente unos con otros; pero sin estar enterados de quién era, comprendian que aquel hombre era tan paisano como corbeta mercante su corbeta de guerra.

Soplaba el viento con suavidad. La *Claymore* salió de Bonnenuit, pasó por delante de Boulay-Bay, estuvo algun tiempo á la vista, corriendo bordadas, y despues se vió disminuir de tamaño hasta borrarse en el horizonte á medida que avanzaba la noche.

Una hora despues Gelambre, de regreso á su casa de Saint-Helier, envió por el expés de Southampton al conde de Artois, en el cuartel general del